

Haeresis mendax caput atrum effert,
 Numinis fulgens solium lacessans:
 Arce de celsâ vigilat secundus
 Janitor aulae.
 "Praelium heu! instat stygiis cavernis!"
 Obsecrat, "Fratres, properate Romam!"
 Mox ut audis, Te patriâ repulsum
 Albula cernit.
 Jam dies lucet; *Pius* en triumphat!
 Moribus fixis, sacra jura Petri
 Tuta confirmas; Larium deinde
 Orâ petitâ.
 Caede vastabat furiale bellum
 Arva et urbes cum populo valenti;
 Triste delubrum gemit: advolas Tu;
 Cuncta reflorent.
 Eia! vir fortis, patiens pericli,
 Flexiles foetus moderare longum!
Ductor in celsum, *Dominusque* secli,
 Integer esto!
 Laureâ purâ redimite frontem
Praesulis nostri, pueri senesque!
Jubilo aeterno, posito labore,
 Sidera plaudent.

DR. MATTHÆUS JOSEPH JOERGER.

Jefferson, Wisc., A. S., mense Decembri, MDCCCLXXXIX.

SONETO.

Del templo sigues el feliz camino;
 Te lleva al ara tu ferviente anhelo;
 Y alimentado con el Pan del cielo,
 Libas el cáliz de salud divino.

Por el pueblo rogar fué tu destino;
 Y tu alma en la oración levantó el vuelo;
 Y ardiendo el corazón en santo celo,
 Votos formaste del amor más fino.

Ese tiempo recuerda venturoso,
 Vigilante Pastor, y ofrece ahora
 El Sacrificio incruento y misterioso;

Y los bienes difunde que atesora
 Sobre tu grey; y ruega al Dios piadoso
 Por el pueblo que férvido le adora.

PRESB^o PEDRO GUERRA.

ODA.

Nunca la odiosa y á la par astuta
Vana lisonja con mentido plectro,
Me incita, Padre, á profanar la sacra
Cítara imbele.

Que no el ahinco de fugace gloria
Inflama el pecho ni los ojos venda
De quien, oculto, los aplausos viles
Pávigo evita.

Si bajo el ala de feliz tugurio
Vida sin tedio que lograron pocos
Vivo seguro ¿qué anhelar pudiera
Ínvigo y necio?

Dulce memoria con amor el alma
Nutre constante y á exhalar me obliga,
Débil remedo del Cantor de Tíbur,
Cántiga bronca.

Hijo silvestre de ignorado bosque,
Mudo á las auras y á las aves mudo,
Sobre la arena con afán crecía
Pálido lirio.

Lejos del árbol y fontana pura,
Del sol al rayo, sin sostén ni abrigo,
Lánguido, endeble, le encorbaba fiero
Ábrego crudo.

Raudo te lleva de la corte al campo
 Ángel propicio; y al cruzar aspiras
 Suave fragancia; y en su flor clavaste
 Vivos ojos.

Tierno te inclinas; con amante mano
 Hábil le apartas de nociva hierba;
 Podas sus tallos, y le das al propio
 Húmedo huerto.

Nada más justo que sus nuevas flores,
 Fruto anhelado á tu piedad debido,
 Ornen tu estancia, donde siempre exhalen
 Mágica esencia.

Otros tañendo la bicorne lira
 Claros tus hechos llevarán al éter.
 ¡Logren canoros circundar tu nombre
 De ínclita gloria!

Yo, pobrecillo, sin valer ni numen,
 Versos eolios, en tus Bodas áureas,
 Pido á las Musas. ¡Y me inspiran sólo
 Mísero canto!

¡Días sin cuento venturoso vivas!
 ¡Que de tu cielo procelosa nube
 Quieran benignos alejar los altos
 Ángeles buenos!

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

IDILIO.

En bella y tibia mañana,
 A pesar del crudo Invierno,
 Un lauro alzábase tierno
 Al labio de azul fontana.
 Y una mariposa vana,
 Revolando al derredor,
 Mostraba el vivo color
 Que á sus alas dió Natura
 Y la mágica hermosura
 De aquel oro brillador.

Sobre el arbusto un jilguero
 Novel, de plumón divino,
 Exhalaba suave trino
 Como nunca vocinglero.
 En su cristal el venero
 Retrataba mudo y fiel
 Del pie á la frente al laurel,
 Y al jilguero, y mariposa
 Que en el cáliz de una rosa
 Libaba fragante miel.

Embebido contemplaba
 Cabe el tronco de un alheño,
 Cuadro tan dulce y risueño
 Que á otra edad me transportaba.
 Fugitiva abeja y brava,

A la que en nada ofendía,
Cortó de súbito impía
Tan grata meditación
Hincándome el aguijón
Con increíble osadía.

Desconcertado y mohino,
Un ¡ay! doloroso y vano
Lancé metiendo la mano
En el raudal cristalino.
Y en la copa de alto pino
Nada lejano de allí,
Una zagala, que hurí
Me pareció, encaramada,
Con sonora carcajada
Procaz burlóse de mí.

Díme: ¿qué haces, dulce niña,
Le dije absorto y turbado,
En este sitio apartado
Y solitaria campiña?
¿Qué, no temes que te riña
Tu buen padre, ó que una fiera
Embravecida te hiera,
Ó, si se quiebra la rama
En que te apoyas, la grama
Aplastar por vez postrera?

Ella respondiome.—No;
Aunque soy de suerte escasa:
Porque. . . sabed que en mi casa
He quedado sola yo.
Apenas amaneció
Cuando mis padres y hermanos,
Cruzando los verdes llanos
Que forman nuestra heredad,
A la vecina ciudad
Se dirigieron ufanos.

Van á asistir á las fiestas
Que llaman hoy Bodas de Oro
Del Prelado que es decoro
De la corte y las florestas.
Y por no dejar expuestas
Las mieses, que ya en gavillas
Están allí en las orillas
Del campo donde crecieron,
Que me quedara, dijeron,
A cuidar nuestras cabrillas.

—¿Y eso te apena?—¿Os parece
De tan pequeña importancia
Que sola quede en la estancia
Cuando todo languidece?
Y la desazón se acrece
Al recordar el anhelo
Con que le he pedido al cielo
Que en la presente ocasión
De asistir á esta función
No me negara el consuelo.

Sólo verle deseaba
En el altar, y el anillo
Besar. ¡Qué mágico brillo
Aquella piedra enviaba!
¿Será el mismo que llevaba
Cuando le besé la mano
Al pie de aquel avellano,
Al regalarle una flor
En la fuerza del calor
Al promediar el Verano?

—¿Conque le conoces?—Mucho.
¿Y vos? Siempre que ha venido,
Al encuentro le he salido.
¿No os parece que es muy ducho?
He soñado que le escucho

En la parroquia vecina
Do explicaba la doctrina
Por las tardes una hora.
¡Qué voz tiene tan sonora!
¡Y qué acción tan peregrina!

Mas, puesto que no me es dado
Ir á la Misa, unas flores
Junté de suaves colores
Y de aroma delicado.
Y en este pino copado
Subí afanosa por ver
Un bello nido que ayer
Me hallé de tiernas pezpitas
Que batiendo sus alitas
Me piden ya de comer.

Si hubiera quien le llevara
Este sencillo presente
En nombre de Mirta ausente,
¡Cuán satisfecha quedara!
Puede que no se acordara
De mí, por más que notoria
Es á todos su memoria,
De tan subida excelencia,
Que es mayor que su prudencia
Y ésta es su timbre de gloria.

—Baja, le dije, inocente;
Yo iré por tí á la ciudad;
Ha de mover tu lealtad
A ese Prelado eminente.
Le diré: que *Mirta ausente*
Aquesos dones le envía,
Dones de poca valía,
Del campo modestas flores
Y un nido, centro de amores,
Con polluelos que ella cría.

—Y añadidle, replicó:
Que es un humilde tributo;
Ó mejor, que este es el fruto
De los bienes que sembró.
De coral quisiera yo
Y perlas sartas enviar,
Y de diamantes un par
De inmejorable belleza.
Pero. . . el pobre en su pobreza
Decid ¿qué más puede dar?

Y bajó dulce y festiva
La joven; y en la fontana
Lavó las rosas ufana
Y una corona de oliva.
Nido y flores pensativa
Me dió diciendo: “Yo espero
“Que cumplireis con esmero;
“Y perdón humilde os pido
“De haberme de vos réido.”
Y partió con pie ligero.

“¡Ven, niña amable! Muy blando
“Es tu carácter; sincera
“Tu piedad: ¡quién la tuviera!”
Clamé las auras turbando.
De allí me alejé soñando
En buscar ese reposo
Que brinda el campo amoroso;
Y aquilatando á la vez
La envidiable sencillez
De un corazón generoso.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

AL ILMO. SEÑOR

ARZOBISPO DE MEXICO

EN SUS BODAS DE ORO.

¡Oh vírgenes, venid, vírgenes tiernas!
Venid, mancebos, niños inocentes;
Y ceñidas de flor las puras frentes,
Cántigas suaves entonad y alternas.

Venid, venid, varones esforzados,
Que amais las ciencias, el talento y gloria;
Y decid blandos himnos de victoria,
De palma y fresca encina coronados.

Y contad á los pueblos y naciones,
Tañendo alegres las sonoras cañas,
Del Pastor mexicano las hazañas,
Palpitantes de amor los corazones.

Decid que ha sido júbilo y delicia
Y honra de Anáhuac por su ingenio claro;
Del foro estrella, de las aulas faro,
Noble adalid de espiritual milicia.

Él encamina con destino cierto
Y hábil aleja de arriesgada orilla
A esta guerrera náufraga barquilla
Hasta dejarla en abrigado puerto.

Es de los pobres protector y amigo;
Es de los niños única esperanza;
Y del enfermo la salud afianza
Dando consuelo, pábulo y abrigo.

¡Oh Padre, salve! ¡Salve, cariñoso
Pastor nuestro, esforzado y vigilante!
¡Salve mil veces, oh Prelado amante,
Que al deber sacrificas tu reposo!

Diez lustros ha que la piedad imploras
Del Sér eterno, y que con mano pía
Sobre el altar ofreces cada día
El Sacrificio, y por tus hijos oras.

Diez lustros ha que Portugal el sabio,
Y gala y prez del michoacano solio,
Selló tus palmas con la cruz y el olio
Y á combatir el vicio abrió tu labio.

Este suceso con sin par ternura
Recuerda y con amor, la mexicana
Arquidiócesis nuestra, que se ufana
De su triunfo, debido á tu cordura.

Por eso ahora con amante anhelo,
De los prelados al egregio coro
Convida á celebrar tus Bodas de Oro,
Y llama á los arcángeles del cielo.

¡Que Dios conserve tu preciosa vida!
¡Que no ofusque tu cielo nube parda!

¡Y que celoso el ángel de tu guarda
Te cubra siempre con ferrada egida!

Y aquestos votos que mi débil canto
Lleva á tu oído, son del joven clero,
Al cual con tino, caridad y esmero
Educaste y cobijas con tu manto.

FLORENTINO ORDÓÑEZ,
Presbítero.